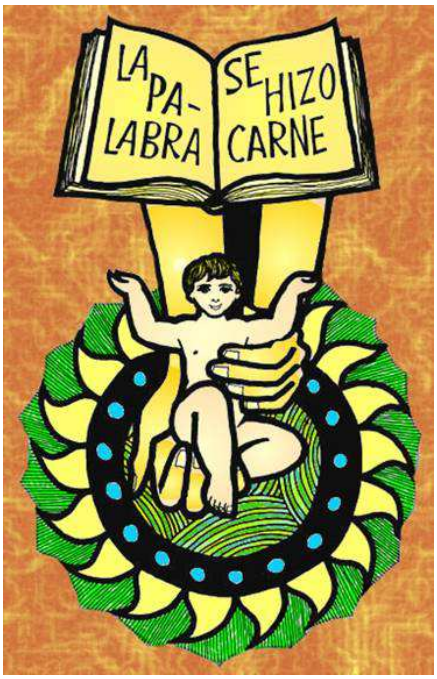
Pamplona - Iruña Centro Loyola	**ECOS DE LA PALABRA** **La Palabra se hizo carne**

Reflexiones sobre el evangelio de Juan 1, 1-18 (II Domingo de Navidad del Ciclo A)



Después de las grandes celebraciones de la Navidad y el Año Nuevo, la Iglesia nos propone reflexionar, con un poco más de calma, sobre el misterio que hemos celebrado meditando el prólogo del evangelio de Juan que es, quizá, uno de los textos con mayor contenido teológico de la Biblia.

Al principio. A Juan le gusta esta palabra bíblica y la incluye en el inicio del evangelio y de la primera de sus cartas para referirse, precisamente, a Dios que no tiene principio pero que es el principio del que eternamente mana nueva vida. Es el Dios de los principios, el Dios de las cuatro mañanas del mundo: la mañana de la creación, la mañana de la encarnación, la mañana de la resurrección y la mañana de la segunda venida de Jesús, principio de vida eterna y mañana eternizada.

Antes de todos nuestros principios, **"la Palabra estaba junto a Dios"**. Es la primera revelación de este prólogo en el que Juan nos hace escuchar los grandes temas de su evangelio, como si fuera la obertura de una gran sinfonía. Dios no es un soltero solitario, es un misterio de amor y comunión trinitaria. La Palabra, que se ha hecho carne, desde antes del tiempo estaba junto a Dios viviendo la comunión plena y esa complicidad amorosa para salvar y reconstruir la creación, para hacer redención del género humano en las palabras de San Ignacio y, de manera admirable, para revelarnos y comunicarnos el misterio profundo de Dios: "El Hijo único, que es Dios, nos lo ha dado a conocer". No hay palabras más adecuadas y más significativas para revelarnos la divinidad del Hijo y el maravilloso misterio de un Dios que es comunidad de personas.

La segunda revelación se refiere a nosotros: **"A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre"**, pero ¿qué somos los hombres para que Dios piense en hacer de nosotros sus hijos? Pues para darnos ese poder Dios hizo algo increíble, imposible de imaginar. Una revelación que deja inquietos a los creyentes de otras tradiciones religiosas y sonreír a los no creyentes… "La palabra se hizo carne". Dios se ha hecho hombre. El Verbo había estado siempre presente entre los hombres, "era su vida y su luz; estuvo en el mundo, pero el mundo no lo conoció" entonces el Padre, el Hijo y el Espíritu decidieron otra presencia: el Hijo de Dios vino a vivir nuestra

vida haciéndose hombre como nosotros para revelarnos al Padre. “Quien me ve, ve al Padre”, es decir que quien sabe mirar a Jesús, ve “la gloria que tiene de su Padre”.

El sol del prólogo resulta demasiado esplendoroso y puede hacernos daño fijar la mirada en sus tres revelaciones: Dios es Trinidad, quiere hacer de nosotros hijos suyos y, para divinizarnos, él mismo se hizo uno de nosotros. Necesitamos todo el evangelio y numerosas meditaciones para que pasen finalmente a nuestra sangre estas tres verdades de nuestra fe.

Es algo tan difícil que muchos rechazan la idea de que Jesús de Nazaret pudiera ser el Hijo de Dios, Dios encarnado, Dios que aceptó nuestra carne, nuestra lenta formación, nuestras alegrías, nuestros sufrimientos, nuestra muerte. Ya en el prólogo las tinieblas luchan contra la luz: “La luz brilla en las tiniebla, y la tiniebla no la recibió... vino a su casa, y los suyos no la recibieron”. Nosotros, que hemos recibido la palabra, debemos ser reveladores de la misma a los ojos de los demás. No tanto mediante discusiones teológicas sino mediante el testimonio de lo que vivimos con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Creer en Jesucristo, Dios y hombre, es tener en él una confianza tan grande y un deseo de amar como él, que los que traten con nosotros acaben sintiéndose intrigados y quizás atraídos a ser sus discípulos.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona